

---

---

## La lección de Rulfo

---

---

*Hay gran pobreza y miseria y hace muchísimo frío en el más profundo inframundo... Fatigas pesan sobre los muertos...*

Códice náhuatl

*La muerte no se reparte como un bien. Nadie anda en busca de tristezas...*

J. R.

*En un seminario\* sobre narrativa hispanoamericana actual que me cupo dirigir hasta el año pasado en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, la obra de Juan Rulfo se constituyó en tema permanente e insustituible. Y esto, por elección de los participantes, entre la decena de textos que formaban la bolsa de nuestro viaje anual.*

*Suelo pensar en lo que aquel seminario representó para nosotros; para mí, escritor latinoamericano exiliado, que enseñaba en una universidad francesa; para los estudiantes franceses que habían escogido la cultura y la literatura hispanoamericanas como base de especialización de sus estudios universitarios. Y no he encontrado hasta hoy la manera de definir o describir satisfactoriamente, en lo que podríamos llamar buena pedagogía, lo que fueron en verdad aquellos cursos en su rol de lector colectivo. Sobre sus resultados no me toca juzgar a mí. Extinguido el seminario, dispersos sus participantes, las experiencias particulares comenzarán a transformarse, quizá a influir a su vez en otras experiencias similares o, lo que es más probable, a extinguirse también sin dejar rastros.*

*Lo cierto es que durante el seminario los dos libros de Rulfo representaron para nosotros objeto y, a la vez, símbolo. Semejantes a un espejo ustorio —cristal y humo; universo helado y, al mismo tiempo, incandescente—, los estudiantes, compañeros de expedición y yo, al igual que ellos, sentíamos acaso la concentración de los soles sedimentarios plasmados en el oscuro barro de América. Su magia tenebrosa y al mismo tiempo las reverberaciones de su más completa transparencia: esa tiniebla cegadora que brota de una luz demasiado viva y que no permite saber, como en las auroras boreales o en las siestas ardientes del Paraguay, si es la noche que comienza o si es el día que muere.*

*De todos modos, ese espejo ustorio —o lo que fuere— estaba allí alucinándonos un poco. ¿Puede imaginarse la función de semejante artilugio, aunque más no sea alegórico, en la actividad de la lectura? El rayo lumínico que incendiaba naves en la antigüedad mediante el genio de Arquímedes, reflejado en dos pequeños libros. Arte de caverna y de fragua que hace una víctima de cada triunfador, habría dicho de ellos José Martí.*

---

\* El seminario se desarrolló bajo el rubro de *Una teoría de la práctica literaria* (La lectura como función creativa en la producción de textos), desde 1976 a 1983.

*Allí estaban la caverna, el espejo y las imágenes reverberaban contra el cielo sombrío. En el cono óptico, los ojos terriblemente vivos de un pueblo. Y en esos ojos, la máxima concentración del deseo de ser no era más que pasado y ya casi olvido. Pero también deseo del deseo. Deseo que sólo se posee a sí mismo en tanto ignora todo lo que posee, y que, no teniendo nada, nada puede perder, sino ganarlo todo para todos. «La muerte no se reparte como un bien. Nadie anda en busca de tristezas...», murmura Susana San Juan en Pedro Páramo. Y también el hijo de Guadalupe Terreros en Diles que no maten: «Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta...»*

## Libro de bitácora

*Para entender un poco más todo esto debo explicar brevemente el mecanismo y los objetivos del seminario —más vale taller de trabajo compartido que el ampuloso vacío de las disertaciones ex cátedra—; lo que pedíamos a la lectura como medio y no como fin de iluminación o desciframiento del palimpsesto que es toda obra creativa.*

*En esta busca, el coordinador no era sino un alumno más y los trabajos del curso se convertían en una aventura a la vez individual y colectiva. El curso intentó ser en todo momento un camino heterodoxo, aunque no heterogéneo; en todo caso, antinormativo y antidogmático, por lo menos desde el ángulo de ideas recibidas y de esquemas críticos y teóricos que tratan de «aprehender» el saber hecho y no de intentar la hechura inédita y en continua mutación del conocimiento de esa parte en sombras que es el mundo de lo humano en relación con la obra creativa; la percepción de su palpitación central, de su tiempo y espacio propios que no pueden ser descritos por la palabra, pero que hacen que la palabra misma sea real a través de la irrealidad de los signos. Una teoría de la práctica; es decir, la teoría transformada en práctica ella misma.*

*Costó un poco lograr que el sistema funcionara con naturalidad y espontaneidad en un mundo donde el Argos cartesiano continúa vigilando con la mitad de sus cien ojos a fin de que «los sueños de la razón» se queden barriando a la puerta de la calle. Se trataba de disuadir a los más apurados de que buscaran analogías o asimilaciones más o menos superficiales, siempre fáciles de encontrar en los textos canónicos, ese superego cultural despótico y sutil. Las protestas surgían. Ellos: «Es muy difícil entender este mundo de muertos». El coordinador: «Claro que es difícil un mundo en que los vivos no recuerdan que han muerto y los muertos recuerdan su existencia pasada». Y Rulfo: «Es más difícil resucitar a un muerto que dar la vida de nuevo». Pero de pronto la vieja Edwiges Dyada salía y nos decía desde el libro: «Todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando El lo disponga».*

*Hay que ir personalmente al antro de Comala, proponía entonces a los que tomaban apuntes a todo vapor. Y sobre todo, les prevenía, no hay que escribir nada ahora; menos aún al dictado. Las dictaduras son siempre perversas y nefastas hasta en el mundo de los muertos. El despotismo, vean ustedes lo que le pasa a Pedro Páramo, convierte a vivos y a muertos en menos que nada, en una nada cansada. Hay que ir a ver lo que sucede en Comala.*

*Así salíamos para allá. Incursiones en las que los distintos grupos se entregaban a*

la «guerra florida». Todos los años partíamos a este «safari», un poco a tientas; si a pie, la tierra andando hacia atrás más rápida que nuestros pasos hacia adelante; si en barco, «el bauprés confundido con el timón», como en las baladas marineras de la caza del Snark. O como en el código náhuatl, fijos los ojos en el primer sol que de día andaba y no de noche porque llegando al cenit volvía al oriente y era sólo su resplandor el que iba hacia el poniente, y en la luna que iba siguiéndola «vuelta del revés y con los ojos tapados». Y ese medio sol y esa luna enmascarada por la mitad eran los que nos guiaban hacia los ensueños culpables del señor de Comala.

Entrábamos en el libro, en los parajes de la Media Luna, siguiendo furtivamente a Juan Preciado y a su medio hermano, el arriero Abundio; hacia el inframundo donde cruje el viento negro de los cuchillos de obsidiana: el lugar adonde iban a purgar su culpa los que morían de enfermedad, así el señor como el esclavo —anticipa el código a Rulfo—, pero que quedaban vivos del otro lado de la muerte. Porque no se ha sabido nunca si la vida es lo que se vive o lo que se muere y luego, según lo advirtió Michelet, quién distingue quiénes son los vivos y quiénes son los muertos.

Claro, este «morir de enfermedad», según el código, bien se entiende que era por corrupción de los cuerpos en el tiempo. La nulidad extrema convertida otra vez en poder. En el osario de almas de Comala, era el estar esas ánimas pudriéndose en la humedad del no-tiempo, transformándose y purificándose por el fuego de la memoria. Lo de Rulfo era, pues, otra cosa que nada tenía que ver con la vida ni con la muerte del cuerpo.

Quizá este viejo mito de la fecundidad de la vida más allá de la muerte, esta ausencia del tiempo que también se había devorado al espacio, los melancólicos espectros del amor y del deseo que claman por reencarnarse sin cesar en el misterio del cuerpo y de la belleza soñada como quintaesencia del fenómeno humano, era lo que más atraía a los jóvenes lectores. Al viejo guía, más que a ninguno. Susana San Juan se nos aparecía como la luna vendada del código vagando inconsolable por el inframundo de Comala, siguiendo a ese sol oscuro que sólo ella conocía y amaba.

## La lectura como viaje iniciático

De esto se trataba: simplemente de aprender a leer los enigmas del corazón humano. ¿Sólo esto? Practicar a través de la lectura como aprendizaje el develamiento del sentido, de los sentidos encerrados en el texto. Entrar a habitarlo como uno cualquiera de sus moradores y ser uno más entre ellos. Podía conjeturarse que cuando el lector, olvidado de sí, se viera mirado, leído, por él mismo desde la interioridad del texto, de esa realidad segunda que constituía la palabra, la revelación del negativo había comenzado en la cámara oscura del lector, y que él podía reconocerse en esa imagen doble, en esa doble verdad.

Se divagó bastante sobre la probabilidad o improbabilidad de que este fenómeno se produjese, cada uno en la medida de sus expectativas o de sus desconfianzas. Con miradas de haber llegado tarde nos mirábamos unos a otros. En los comentarios, alguien, una muchacha muy joven creo recordar, habló de su experiencia de lectura con el libro de Artaud sobre el viaje al país de los tarahumaras. Dijo con candor, casi con estupor, que el que estábamos haciendo nosotros era en cierto modo semejante. Risas. En una especie de transporte doloroso habló de esa identificación imposible que buscaba Artaud al elegir